

«Fácilmente unos al lado de otros viven los pensamientos,
 Pero duramente en el espacio chócense las cosas.
 Donde una toma asiento, otra debe ceder,
 El que no quiera ser desalojado debe desalojar;
 Allí campea la lucha y sólo la fuerza vence.»

Esta sentencia del gran idealista Schiller podría ponerse como lema de la política del gran positivista Bismark. La idea moral de la unidad alemana hubiera podido continuar, quién sabe cuánto tiempo, siendo una idea moral á no ponerse á su servicio la fuerza, el poder, la violencia. Nadie que juzgue con justicia querrá negar que esta idea ha sido el motivo que inspiraba á los demócratas como á los «catedráticos nacionales» alemanes de 1848, pero ¡cuán miserablemente habían fracasado las tentativas de los impotentes republicanos, como las de los impotentes monárquicos de crear la unidad de Alemania! También á los centralistas y á los federalistas, que después de la gran bancarrota de 1849 volvieron á emprender los trabajos de la unidad alemana, les animaba la «idea moral», pero ¿qué han producido? Palabras, palabras, palabras. Finalmente la equidad exige confesar que la idea moral respiraba también en el congreso de príncipes alemanes, de agosto de 1862 y sin embargo ¡cuán miserable y estérilmente pasó aquella solemne farsa! Y ¿por qué? Porque el poder y la fuerza para convertir el pensamiento en hecho, para realizar la idea, estaban en Prusia, solamente en Prusia. ¿Y ésta ha realizado la idea, la ha realizado entera y completamente? Entera y completamente no. ¿Dónde ha existido jamás, á no ser acaso en el terreno del arte, un ideal realizado? Pero Prusia ha hecho todo lo que creía poder hacer en vista de sus fuerzas y su obra fué grande; sólo la estupidez, la envidia y la malicia pueden negarlo. Ha restaurado el imperio alemán cumpliendo así el sueño y anhelo de muchas generaciones de la nación, ha colocado el marco del imperio nuevo al rededor de las tribus alemanas, de modo que dentro de éste puede verificarse el proceso de unificación. Todas las objeciones y críticas de la izquierda, de la derecha y del centro, no pueden deshacer este gran hecho.

El haber comprendido claramente que había llegado la hora en que Prusia debía resolver la cuestión alemana y el haber convertido esta comprensión en acción bien premeditada y bien preparada acometiendo con osadía, perseverando con tenacidad y ejecutando con energía, hé aquí el mérito nacional alemán é histórico universal del rey Guillermo de Prusia, de su ministro y de sus generales.

El drama de la restauración de Alemania, por medio de la política bismarkiana pasó en tres actos, en tres actos bélicos: La guerra alemano-danesa de 1864, la guerra austriaco-prusiana de 1866 y la guerra franco-prusiana de 1870-1871. ¡Un verdadero drama del destino de la historia universal! Con necesidad lógica siguió acto á acto, escena á escena. La conquista é incorporación de los ducados del Elba por Prusia señaló, para satisfacción de todos los alemanes pensadores, el principio del fin del poli-politismo y micro-politismo de Alemania. Muy notable era también el hecho que en el mismo

año en que Prusia empezó con energía á cumplir su misión alemana, el verdadero y positivo «enemigo hereditario» de Alemania, el papismo jesuítico, publicó su declaración de guerra contra toda la civilización moderna en forma de letanía de maldiciones del *Syllabus* y dirigida en primer lugar contra Alemania. A la guerra ciertamente dolorosa del año 1866 puede aplicarse el verso de Hoderlin:

«Con su santo rayo de tempestad,
 Con inexorabilidad lleva á cabo
 La necesidad en un solo gran día
 Lo que apenas se logra en miles de años.»

pues el malhadado dualismo austriaco-prusiano debía remediarse, si Alemania había de llegar á ser algo, y solamente el «hierro y sangre» eran capaces de satisfacer esta necesidad, el día de Sadowa. Pero ningún tratado de paz ni ningún mojón de frontera persuadirán jamás á los alemanes que los nueve ó diez millones de alemanes de Austria hayan cesado ó puedan cesar de ser hueso de su hueso y carne de su carne.

La guerra de 1870 á 1871, ese acontecimiento el más grande del siglo en sus motivos fundamentales y sus objetos finales, era una lucha del romanismo contra el germanismo. El 18 de julio de 1870 los jesuitas hicieron al concilio «del Vaticano» la idolificación del papa, y el día siguiente salió la declaración de guerra francesa contra Alemania. El dogma romano de la infalibilidad y la gritería de los boulevares parisienses «¡A Berlín! ¡A Berlín!» tenían el mismo significado. El cálculo jesuítico era astuto, pero la prueba salió mala. Esperábase en las Tullerías como en el Vaticano haber dirigido el desafío brutal á una Alemania desunida; pero el norte y el sur, el este y el oeste, los liberales y los conservadores, los ricos y los pobres, los príncipes y los nobles, los ciudadanos y los aldeanos, los católicos y los protestantes, levantáronse como un solo «pueblo en armas» y,

«Ruge un clamor como estruendo de trueno.
 Como chasquido de espadas y estrellamiento de olas:
 ¡Al Rhin, al Rhin, al Rhin alemán!»

Sabemos que la necesidad, la ignorancia, la mentira, la envidia y la malicia son poderes grandes en la tierra. Pero el poder unido de estas cinco grandes potencias no basta para empañar el brillo glorioso de la obra gigantesca que Alemania ha llevado á cabo en siete meses. Con rasgos de llama más duraderos que los que el rayo traza en las rocas, la historia escribirá el desenvolvimiento de esta obra en el libro de la eternidad y allí cuando no haya más recuerdo de las pasiones, acusaciones y odios presentes, se leerá que la grandiosidad del drama heroico alemán de 1870 á 1871 descansaba esencialmente primero, en la pureza y justicia de la causa alemana, segundo, en la unidad hasta entonces sin ejemplo en la historia de Alemania, de todas las capas clases y profesiones del pueblo, en la idea nacional (pues no hay que hacer caso de una minoría apenas visible, «chusma sin patria», compuesta de curas

negros y rojos, de fanáticos de la superstición ultramontana y comunista, que de buena gana habría hecho traición á esa idea en su impotente infamia); tercero, en el aislamiento de la nación Alemana, de modo que sin ninguna ayuda de fuera, enteramente con su propia fuerza ha ganado sus resultados admirables y el justo premio de sus victorias, Alsacia-Lorena, propiedad que le había sido robada y que ahora redimía con «hierro y sangre.»



MOLTKE.

Con modesto heroísmo llevaron los alemanes sus banderas victoriosas desde Visenburgo, Wörth y Spicheren, sobre Mars-la Tour, Bionville, Gravelotte, Beaumont, Sedan, Roisseville, St. Quentin, Beaune la Rolande, Orleans, Le Mans, Champigny, Héricourt y Belfort á la plaza de la Concordia de París. En el espacio de 180 días han reñido 17 batallas y tenido 156 encuentros, haciendo prisioneros á 385,000 soldados franceses, entre ellos 11,650 oficiales, tomando 26 plazas fuertes y conquistando 120 águilas y banderas y 6,700 cañones. Semejante cosa, literalmente no se había visto nunca; tampoco careció esta inaudita epopeya de la realidad de muchos episodios puramente humanos y enternecedoramente bellos, y fué rica en rasgos característicos para la his-

toria de la civilización. De tales calificamos el que un teniente de húsares alemanes compuso en sanscrito, sobre el campo de batalla de Sedan una relación de la misma, el que un bombardero alemán escribió en un fortín de la



EMPERADOR GUILLERMO.

línea de Metz la pregunta cicerónica: «¿Quousque tandem Bazanius abutere patientia nostra?» ó que después de la capitulación de París una sociedad soldadesca de cuartetos hizo resonar las bóvedas de la iglesia de los reales sepulcros de St. Denis, de los sonidos de la canción de Uhland: «¡Este es el

día del Señor!» Pero un rasgo característico de importancia histórica fué la contestación germánica del 1.º de setiembre de 1870 á la pregunta romana del 18 de julio: el mismo tremendo sablazo alemán que destrozó en Sedan el trono del pseudo-Bonaparte adquirido con mentiras, falsedades y crímenes, abrió á los italianos las puertas de Roma.

La conciencia del derecho, la idea de la unidad, el sentimiento del deber, la sensación palpablemente clara de la fuerza nacional, fueron lo que dió al ejército alemán su irresistibilidad. Este ejército se presenta al ojo admirador como la siembra de hombres crecida, alta y lozana, que los héroes de la civilización alemana, sus grandes pensadores y poetas han sembrado, cultivado, escardado y madurado. Todo lo mejor y más sublime que el genio alemán ha producido y apetecido, cada soldado alemán, desde el estratego diligente hasta el último mozo acemilero, lo llevaba en su pecho consciente ó inconscientemente. Grande era, pues, la ciencia estratégica de los generales, más grande la valía táctica de los oficiales, suprema la disciplina, resignación, perseverancia é intrepidez de las tropas. ¡Gloria, tres veces gloria á los que discurren y ejecutaron el plan de campaña! Sus nombres brillarán al través de los siglos, pero con respeto más profundo, con agradecimiento más entrañable acordémonos de los héroes sin nombre que duermen en el suelo de Francia, de aquellos héroes cuyo nombre no menciona ninguna canción, ninguna crónica y que viven solamente en la memoria de sus padres, viudas y huérfanos precipitados tal vez por su muerte en la escasez ó la miseria. Pues con grandes sacrificios de todas clases ha comprado la victoria el pueblo alemán y con inmensos dolores nació el imperio nuevo, si bien ha sido la conclusión lógica de la premisa de esa guerra.

¡Santísima Némesis «hija de la justicia,» llegas tarde, pero llegas! Durante cuatro siglos, Francia, sea reino, sea república, sea imperio, había hecho guerras de pillaje contra Alemania, arrebatándole ciudades y provincias, pillando y devastando sus comarcas, había socavado primero y anonadado luego el antiguo imperio de nación alemana, había intentado repetidas veces la destrucción del nombre alemán, y ahora de una vez, con asombro del mundo vino el desquite á paso atronador de batallas, mostrándose también esta vez como tantas otras en el curso de la historia de los pueblos y de las naciones como maestro incomparable de la ironía.

Pues en el palacio de uno de los enemigos más crueles y soberbios de Alemania, en el mismo palacio de Versalles que Luis XIV había constuido quasi como monumento pomposo de la humillación del antiguo imperio alemán, el general federal alemán, el rey Guillermo de Prusia, el vencedor de Francia, ha sido declarado y proclamado emperador del imperio alemán nuevo el 18 de enero de 1871.

Dos meses más tarde, el 21 de marzo, el emperador alemán abrió el primer parlamento en Berlín con un discurso de la corona que indicaba clara y dignamente la posición del nuevo imperio en medio de Europa: «El espíritu que vive en el pueblo alemán y compenetra su cultura y civilización como no ménos la civilización, como no ménos la constitución del imperio y de su ejér-

cito, preservan á Alemania en medio de sus victorias, de todo abuso de la fuerza que le dá su unificación. El respeto que Alemania pretende por su propia independencia, la tributa voluntariamente á la independencia de todos los



PRÍNCIPE FEDERICO GUILLERMO.

demás Estados y pueblos débiles ó fuertes. La nueva Alemania, tal como ha salido de la prueba de fuego de esta guerra, será una garantía segura de la paz de Europa porque es bastante fuerte é inteligente para reservarse el ordenamiento de sus propios asuntos como de herencia exclusiva, pero también suficiente y satisfactoria. ¡Que la restauración del imperio alemán sea para la

nación también al interior el emblema de la grandeza alemana! ¡Qué á la guerra del imperio alemán que se ha hecho tan gloriosamente, siga una paz del imperio no ménos gloriosa, encerrándose la tarea del pueblo alemán en mostrarse vencedor en el certámen por los bienes de la paz!»

De las hazañas de los alemanes en el año «grande» y de sus resultados se han dicho muchas palabras buenas y se han cantado muchas bellas canciones en el país; pero la calificación más verdadera y el elogio más grande de esos actos y resultados enviaron sus ecos del extranjero de allende de los Alpes, de la boca de uno de los hijos más valiosos de Italia. Pues al mismo tiempo en que el «vicario de Cristo» no tuvo para el nuevo imperio alemán sinó maldiciones y execraciones, Giuseppe Civinini, de Florencia, se expresó de la manera siguiente: «Si las armas de Prusia realizaron materialmente el gran pensamiento de la unidad alemana, le había precedido á este trabajo de hechos un trabajo de ideas que, empezando con Leibnitz había sido continuado hasta nuestros días. Poetas y filósofos, críticos é historiadores han contribuido en él de modo que puede decirse que el renacimiento de Alemania es verdaderamente la obra del pensamiento y de la ciencia. En todos los terrenos del saber humano, en todas las formas de la producción poética la Alemania intelectual ha preparado la nueva Alemania política. La ciencia y la literatura, la filosofía y la historia, han dado al pueblo alemán el sentimiento profundo de su propia nacionalidad, le han enseñado á considerarse destinado á una misión histórica y le han impuesto como deber el cumplimiento de esta misión. En efecto, es verdaderamente el característico principal del movimiento alemán el haber sido primero una obra de la inteligencia y sólo después, cuando esta había madurado, fué obra de la fuerza material. Como el rayo al trueno, la idea procedió al acto y antes que los alemanes fuesen el pueblo de Europa más poderoso materialmente, eran el pueblo más culto idealmente: la hegemonía política es efecto y consecuencia de la intelectual. El que viva en la creencia que el espíritu significa algo en este mundo, tiene poca confianza en la duración de obras que no son más que el fruto de la manufactura política y militar sin suficiente preparación intelectual y moral. Pero cuando un pueblo ya tiene en la filosofía, ciencia, historiografía, poesía y música verdaderamente nacionales creadas por todos y por lo tanto propiedad común de todos, cuando desde más de un siglo un desarrollo progresivo continuo ha fundado ya la unidad en el campo del pensar y del saber, vengan entonces en buen hora Sadowa y Sedan, encontrarán un suelo labrado que producirá frutos saludables. El nuevo imperio alemán no es por lo tanto, como se ha dicho sin reflexionar, hijo de la fuerza; es el fruto lentamente madurado, es la expresión política de la cultura intelectual, es el triunfo de un largo trabajo civilizador obtenido, como las victorias se obtienen en el campo de batalla de los hechos, por el uso de la fuerza al servicio de la idea.»

Con este elocuente elogio, que al mismo tiempo es una advertencia enérgica para el porvenir, sea terminado este libro, y yo, quien lo he escrito hasta donde mi poder correspondía á mi voluntad, en honor así como para enseñanza de mi patria, estoy seguro de obrar en conformidad con todos los ale-

manes de cabeza y corazón, si como última palabra pronuncio la siguiente bendición: Incansable en el trabajo, atrevido en el pensar, justo en el obrar, firme en sus costumbres, seguro en su derecho, fuerte en su defensa, así ande el pueblo alemán confiadamente la carrera de su porvenir. ¡Moderado en la dicha, animoso en la desgracia, conquiste el acabamiento de su unidad, la paz, la libertad! ¡Viva Germania!

